

LOS DOS ESTRANJEROS.

I.

AL anochecer de uno de los días del mes de Febrero del año 1566, un hombre misteriosamente embozado en una larga capa, cruzó varias calles de Edimburgo, y se detuvo en una oscura, estrecha y tortuosa. Sacó la cabeza del embozo de su capa, que ocultaba su cara completamente, y miró á derecha é izquierda, como si buscase una casa. Luego volvió á seguir su interrumpida marcha, y se paró ante la puerta de una casa de pobre apariencia, exclamando:

— Esta es la casa que hace diez; aquí debe estar ese hombre.

Y diciendo esto, dió algunos golpes en la puerta con el puño de su larga espada.

— ¿Quién es? preguntó una voz desde dentro.

— Rizzio, contestó el embozado en voz baja.

La puerta se abrió repentinamente; y así que nuestro hombre entró, se volvió á cerrar con la misma prontitud con que se había abierto.

— Sois tan pobre, amigo mio, dijo Rizzio, que no teneis una luz para alumbrar al que llega á vuestra casa.

— Os recibo de esta manera, porque si me viereis tal vez me reconoceriais, y eso es lo que trato de evitar.

— ¿Y por qué temeis el daros á conocer?

— Porque lo que voy á deciros me impide hacerlo.

— ¿Y qué teneis que decirme vos, que para oirlo sea necesario estar sin luz?

— Voy á cometer una traicion.

Rizzio llevó la mano á su espada, y el encuentro de ésta con su mano produjo un ruido que alarmó á su interlocutor, el cual añadió:

— Os decia que iba á cometer una traicion, revelándoos un secreto.

— ¡Un secreto!

— Si, Rizzio, voy á deciros una cosa que no os diria de ninguna manera si hubiese una luz que alumbrase mi rostro, porque al deciros yo esto falto á un juramento que he hecho. Soy un hombre á quien vos prestasteis el mayor favor que puede prestarse en la tierra, y agradecido á aquel favor os he hecho venir aquí para deciros que huyais esta misma noche de Escocia.

— ¡Huir de Escocia! Jamás.

— Mirad que os va en ello la vida.

— Segun eso hay una nueva conspiracion.

— Hay un juramento prestado por las personas mas poderosas del reino.

— ¿Y qué han jurado esas poderosas personas?

— Asesinaros.

— ¡Asesinarme! exclamó Rizzio estremeciéndose.

— Si, lo han jurado, y ¡vive Dios! que todo es gente que cumple lo que promete.

— ¡Ah! exclamó Rizzio con mas tranquilo acento. Esos nobles no se cansan de conspirar contra mí.

- Os aborrecen de muerte.
- Decid mas bien que me envidian.
- Recordad que hace algunos años vinisteis una noche á esta misma calle, á que una gitana os dijese vuestro porvenir. ¿Habeis olvidado lo que os dijo?
- Que moriria á manos de un bastardo.
- Y ahora os digo yo que entre ellos hay uno muy poderoso.
- ¿Douglas?
- Tal vez. Ya veis, Rizzio, que ahora será difícil que eviteis el golpe.
- Lo esperaré tranquilo, contestó Rizzio.
- Mucho apreciáis vuestro destino de secretario de la reina.
- Ella me ha elevado al puesto que ocupo, y solo ella me hará bajar de él.
- Rizzio, pensadlo bien; mirad que entre los que han jurado mataros, hay una persona ante quien vos nada sois.
- Me quedaré.
- ¿Y desafiareis su poder?
- Sufriré resignado mi suerte, cualquiera que sea.
- Nada mas, pues, tengo que deciros. Cuando querais podeis marcharos. Dicho esto, dirigióse á la puerta y la abrió, ocultándose él detrás de ella.
- Rizzio volvió la cabeza al salir, pero no pudo reconocer á aquel hombre que tanto interés se tomaba en su salvacion.

La puerta volvió á cerrarse apenas hubo salido Rizzio.

Éste se alejó con presuroso paso, pensando en lo que acababan de revelarle, y en quién podria ser aquel que perteneciendo, sin duda, á la nobleza, era á pesar de esto amigo suyo. Cuando llegó á su casa encontróse con un page, el cual le dijo que la reina María Estuarda, su señora, lo esperaba á la noche siguiente en palacio, para tener la honra de cenar con ella y con las damas de la corte.

II.

En un gran salon alumbrado por numerosas luces se veia una mesa cubierta de vajilla de plata con copas de brillante cristal llenas de ricos vinos. Sentadas al rededor de esta mesa se descubrian seis mugeres, y un hombre que ocupaba una banqueta al lado de la mas hermosa de las seis, y que en aquel momento hubiera sido difícil reconocer en ella á la reina María Estuarda. Sus ojos, tan melancólicos de ordinario, estaban radiantes de alegría. Las demás mugeres que rodeaban la mesa participaban de la alegría de su soberana. Solo el semblante del hombre que se hallaba sentado al lado de la reina estaba triste, y su tristeza se descubria á pesar de la aparente tranquilidad con que estaba, y á pesar tambien de alguna sonrisa que de vez en cuando se asomaba á los labios de aquel rostro pálido é interesante, guarnecido de hermosos cabellos largos que caian ensortijados hasta sus espaldas. Era éste el semblante de Rizzio, que temblaba á cada paso que oia en las antecámaras; del pobre Rizzio que durante la noche anterior habia visto deslizarse en sus sueños la mano del bastardo Douglas armada de un puñal, y la cabeza de la gitana recordándole sus funestas palabras.

La reina, advirtiéndole que su secretario no habia acercado aun la copa que tenia delante á sus labios, le dijo:

- Y bien, Rizzio, ¿no quereis gustar ese rico vino?

El secretario acercó la copa á sus labios.

—¿No os agrada? preguntó la reina.

—Mucho, señora.

Y Rizzio volvió á beber.

—Es vino de vuestro pais, de Italia, dijo la reina.

—¡De Italia! murmuró Rizzio tristemente, como si esta palabra hubiese traído á su imaginacion los mas halagüeños recuerdos.

—Vos estais triste; ¿habeis recibido malas nuevas de vuestra patria.

—Nada me resta en ella, señora; no tenia en ella campos, ni castillos, ni vasallos; no tenia mas que una buena madre, y la perdí ya. Estoy solo en el mundo; no tengo parientes ni amigos. El dia que muera nadie llorará sobre mi tumba.

—Pero me teneis á mí, dijo la reina, siempre dispuesta á protegeros y consolaros.

—¿Y si un dia me faltase vuestra proteccion?

—Antes el sol dejará de alumbrar la tierra.

—Gracias, señora; entonces nada me importa que conspiren contra mí: ¿qué deben importarme mis enemigos, cuando vos me protegeis?

—Olvidad, dijo la reina, cosas tristes, y pensad en beber de ese rico vino que teneis delante. Estas damas desean veros mas animado; ¿no es verdad, señoras?

—Sí, sí, dijeron las damas, y la conversacion se fue animando. El semblante de Rizzio se animó tambien; y olvidándose del fatal aviso de la noche anterior, comenzó á referir una aventura amorosa del duque de Saboya con la condesa de Moreto. Las damas oian gustosas, y Rizzio solo dejaba la palabra para llevar á sus labios aquel rico vino de Siracusa que tenia delante.

María Seyton, una de las damas que estaba frente á la reina, lanzó de repente un ¡ay! que hizo temblar á Rizzio. Volviéronse á un tiempo ésta y la reina, exclamando:

—¡Mi marido!

—¡El rey!

En seguida una mano apartó los tapices, y fueron apareciendo allí hasta seis hombres armados de espadas y puñales.

Lord Ruthsven era uno de ellos, y se acercó hasta donde estaba la reina, con espada en mano.

—¿Qué pretendéis, milord? preguntó María Estuarda poniéndose de pie.

El lord, sin contestar nada, se acercó á Rizzio, y cogiéndole del cuello de su jubon, exclamó:

—Venimos á matar á este miserable italiano.

Rizzio llevó la mano á la cintura, y no encontrando espada ni puñal, se puso pálido, y tembló. En esto vió salir al bastardo Douglas con el puñal en mano y la sonrisa en los labios: entonces Rizzio se echó á los pies de la reina, gritando con descompasados gritos:

—¡Justicia! ¡justicia!

Darnley, el marido de la reina, se apoderó de ésta cogiéndola por la cintura, sin que la detuviese al hacer esto la circunstancia de estar embarazada. Al mismo tiempo Douglas, haciendo cumplir la prediccion de la gitana, levantó su brazo, y hundió el puñal en el pecho de Rizzio.

— ¡Justicia! ¡justicia! gritó, cayendo á los pies de la reina.

Uno de los asesinos, que hasta entonces habia permanecido impasible, cogió á Rizzio por los pies y lo arrastró por el pavimento, dejando un rastro de sangre, hasta un gabinete inmediato, y cuando se vió solo con el moribundo, le dijo:

— La prediccion de la gitana se ha cumplido; vuestra herida es mortal.

Rizzio abrió los ojos, y los fijó en el que le hablaba.

— La reina me vengará, exclamó el moribundo.

— Vos viviríais si hubieseis creído al hombre que anoche os dijo que huyeseis de Escocia.

— Ese hombre no me engañaba; pero ¡ah! ¿por qué siendo noble se interesaba por mí?

— Porque como os dijo os debía un favor.

— ¿Un favor? pues ¿quién era?

— Yo, exclamó el hombre que estaba junto á Rizzio moribundo, levantándose la mascarilla.

— ¡Chatelard! gritó Rizzio.

— ¡Silencio! No griteis; no pronunciéis mi nombre en este sitio; ¡desgraciado!

— ¡Pobre jóven! exclamó Rizzio; sin duda os habeis vos olvidado de la prediccion de la gitana.

— Sí, en una misma noche nos dijo, á vos que moriríais á manos de un bastardo, y á mí en las del verdugo. Vos me salvasteis una vez de ellas, interponiendo vuestro favor con la reina.

— Pero y la segunda, ¿quién os salvará, pobre jóven? murmuró Rizzio.

En esto lord Ruthsven entró con la espada en la mano, y detrás de él Douglas, Kraven, Morton y los demás. Chatelard habia dejado caer sobre su rostro la mascarilla.

Rizzio cerró los ojos, y gritó con voz moribunda:

— ¡Piedad! ¡piedad!

Pero nadie se apiadó de aquel desgraciado, y todos se precipitaron sobre él, descargándole hasta cincuenta y seis puñaladas.

Lord Ruthsven volvió al aposento de la reina, y tomando una copa llena de vino la llevó á sus labios, diciéndola á ésta que le miraba asustada:

— Hoy he trabajado mucho en servicio de vuestro esposo y de la Escocia.

La reina salió de allí seguida de sus damas, y al llegar á la puerta exclamó con voz bastante fuerte, para que llegase á oídos del lord y del rey:

— Este hijo que llevo en mi seno vengará á su madre.

El lord soltó una carcajada.

III.

Los habitantes de Edimburgo vieron un dia elevarse en la gran plaza de la ciudad un cadalso, y subir á él á un jóven de agraciado semblante, que se conservaba tranquilo y risueño, sin embargo de amenazarle la muerte tan de cerca. Este jóven habia rehusado los auxilios espirituales; y cuando se vió sobre el cadalso, hizo que le leyesen una oda del poeta Ronsard, sobre la muerte. Despues de haberla oido con gran atencion, volvió su cabeza hácia la ventana de la reina, exclamando:

— ¡A Dios la mas bella y cruel de las princesas del mundo!

Dichas estas palabras puso su cabeza sobre el banquillo, y el verdugo, dejando caer su hacha, la separó del cuerpo.

Este jóven era Chatelard.

Algun tiempo despues todos habian olvidado al desgraciado poeta que tuvo la fatalidad de enamorarse de María Estuarda, y el atrevimiento de ocultarse dos veces en su misma alcoba. La primera vez Rizzio, extranjero como él, se opuso entre el cadalso y la reina ultrajada, y el poeta francés salvó su vida; mas á la segunda, Rizzio habia muerto ya; nadie se interesó por él, y la predicción de la gitana vino á cumplirse. Tal vez María Estuarda le hubiera perdonado; pero su dignidad de reina triunfó de su compasion de muger, y tuvo, á su pesar, que condenarle á muerte por no aparecer culpable. Sin embargo, aquella desventurada reina, cuya cabeza tambien cortó el verdugo de Lóndres, conservó siempre un dulce recuerdo de los dos extranjeros Rizzio y Chatelard, de aquella época en que rodeada de todos los atractivos del poder y la hermosura, oia la voz del primero y los versos del segundo.—*J. Pardo de la Casta.*

METING CANINO.

FUE en una de las primeras noches del abrasador Agosto que atravesamos: Valencia, durante todo el dia habia sufrido los rayos del sol, sucediendo á éstos un fresco vientecillo á la entrada de la noche que convidaba á disfrutar del aire libre. Iban á dar las doce: el silencio era solo interrumpido por el acompasado canto de alguna codorniz, los maulllos de algun gato, el lejano zumbiar del rio y la tos de algun vecino, que arrojado sobre una silla y el respaldo de ésta sobre los hierros del balcon, en mangas de camisa, y con un puro en la boca respiraba del fresco de la noche. Nada en la apariencia acontecia en la ciudad; con todo, en aquel momento empezaba una escena que habia de llenar de luto á gran parte de sus vecinos y hundir en el sepulcro á infinitos de sus habitantes.

En el centro de la ciudad se estiende la plaza del Mercado, y fieles historiadores nos trasladaremos á ella con el que nos quiera seguir. Las luces que alumbraban este sitio, como del siglo XIX, estaban agonizantes. Cualquiera poeta hubiera visto en aquellas temblorosas llamas multitud de vírgenes que abandonaban este mundo de tinieblas; yo, algo prosáico, solo veia un círculo de viudas y cesantes, unos muriéndose de sed y otros por falta de aire, porque de ambas clases se ven allí reverberos, de aceite y gas; ésto, á pesar de haber sido en este año grande la cosecha de lo primero, y haber en altas regiones, esto es, en la caldera, abundancia de lo segundo. La tibia claridad que despedían las luces daba una media tinta á aquella despejada plaza con la que contrastaban las negras bocas de los callejones que por todas partes la rodean. El silencio de estos sitios era turbado por algunos ruidos casi imperceptibles que, ora teniendo origen por la parte de la Bolsería, ya por la del Mercado Nuevo, ya por los *Porchets* venian á perderse siempre entre la oscuridad de los soporales. Por fin, gracias á la claridad de la luna, pudo distinguirse uno de los per-

turbadores del silencio; venia por la calle de San Fernando, y era un enorme perro de indefinible casta, seguido de otro, y éste de tres ó cuatro mas; deslizaronse cautelosamente y cosidos á la pared de la derecha, y desaparecieron por el primer callejon. Las doce sonaron en el Miguelete, y los demás campanarios repitieron la voz del gigante: inmediatamente, como la multitud desemboca en la plaza del teatro en dias de beneficio, desembocaron multitud de perros por cuantas calles y callejones confluyen en el Mercado; multitud seguida de otra y otra, mas todas silenciosas, ordenadas y deslizándose por los soportales hasta tomar el consabido callejon. Este era estrecho, no muy largo y cortado por dos calles de casi igual apariencia, el piso estaba enbaldosado, y á pesar de repetidos sumideros, encharcado de un agua de olor fétido y repugnante; en los portales de sus casas ya cuadrados ya redondos, impedian el tránsito grandes mesas empotradas en el suelo y pared. Era la calle del *Trench*.

Escusado es decir que suelo, portales y mesas estaban cubiertas en aquel momento por una masa compacta de perros que por una humorada se habian reunido aquella noche.

Mas no era una humorada, no una casualidad la que habia reunido tan prodigiosa multitud. No era ilusion; en aquella turba parecian descubrirse síntomas de esa inquietud, de ese malestar, de ese querer mudar de posicion á cada momento que distingue á la moderna sociedad humana: señal de muerte en un cuerpo enfermo. Así es, que aquella multitud de cabezas y colas enroscadas se movia, se barajaba, ora formando corros, ora separados unos de otros tendianse apoyando el largo hocico sobre las manos en ademan pensativo. Los nuevos actores de aquella muda escena al entrar en la calle se paraban, eran cercados cautelosamente por algunos, y previo un reconocimiento al rededor de su cuerpo, se les dejaba entrar como iniciados en el secreto de la reunion. Esta se componia de esa multitud de perros de baja esfera que crece y se multiplica en las ciudades cruzando sus castas y produciendo los mayores caprichos de la especie. Allí se veian los negros alanos, oficiosos ayudantes del Matadero; allí los degenerados podencos y de aguas, constantes asistentes al Tiro del palomo; allí todas esas castas no descritas por Buffon, cuyo único destino sobre la tierra es el del *Judío errante*, *andar*, *andar*, y buscar que comer; perros libres, vagamundos, sin patria, familia, ni hogar conocido.

Escuchóse de repente un rumor general en la multitud: alzaronse del suelo los pensativos, sacudieron las orejas los perezosos, y todo pareció indicar que iba á anunciarse el objeto de la reunion. De repente destacóse un bulto negro del fondo que formaba la multitud, y saltando sobre la mesa de un corante vióse á la luz de la luna que la bañaba un perro respetable por su obesidad, signo de sus años y experiencia. Dirigió éste sus ojos al pueblo y habló de esta manera:

— «Grave es, ¡oh! compañeros, el objeto que nos reúne en este sitio, tan grave que jamás cayó sobre los hombros de un anciano la carga que pesa sobre los mios. Trátase de la vida de nuestra sociedad, amenazada por la falta de alimentos: la multitud de nuestra especie se aumenta de dia en dia; los adelantos de la industria y la avaricia de los hombres hacen que nos falten los recursos que dejaba la voracidad en otro tiempo, y los pasteleros al dar gato por liebre arrancan de nuestros dientes sabrosos bocados para presentarlos con pompa en las mesas de próceres y magnates. Y hé aquí, compañeros, por qué

discurrirnos hambrientos por las calles y plazas; he aquí por qué turbais el silencio de la noche con lastimeros aullidos, y he aquí por qué os reuno en este sitio sobre estas losas, teatro de nuestras hazañas, y donde el viento cargado con el suave aroma de los menudillos de gallina orea nuestras narices. Perros de saber y experiencia escuchan mis palabras, á su vasta capacidad no se oculta la importancia de poner un remedio á tamaños males: ocupe quien quiera mi puesto que yo llené mi cometido anunciándoos el objeto de esta reunion.

Aun no habia desocupado la mesa el orador cuando dos enormes perros posesionáronse de ella. Era uno de ellos un respetable pachon de origen navarro, el otro un adulterado de aguas, pardo, velloso, cubierto de barro y de manchas de sangre del Matadero; arrojáronse ambos compañeros de tribuna dos largas miradas, la del primero era serena y grave, la del segundo insultante y provocadora: el *Navarro* con un gruñido sordo le manifestó la preferencia que le daba su edad en aquel sitio, el *Peludo* arrojóle una mirada rencorosa, tiróse de la mesa estropeando en su caída á tres de los espectadores, y deslizándose entre la turba fue á situarse entre otros de su calaña, no sin haberse detenido varias veces y enseñado al *Navarro* sus agudos colmillos en ademan amenazador.

— Graves son, ¡oh! compañeros, exclamó éste, las azarosas circunstancias que atravesamos, tan graves, que siento correr las lágrimas por mi anciano rostro al dirigiros mi palabra; porque el justo cielo....

— Al grano, gritó una voz amenazante entre la turba: era la del *Peludo*.

— Al grano, gritaron todos.

— Aciagos tiempos hemos alcanzado. La falta de víveres con que mantenernos, el prurito de trasladarse á las ciudades los perros de las aldeas y los campos, y sobre todo nuestra virtud prolífica llevada á un exceso, al par que la asombrosa fecundidad de nuestras hembras, hacen que hayamos perdido de todo punto el equilibrio entre las bocas hambrientas y las raciones disponibles, mal irremediable en toda sociedad donde se come y no trabaja. Hé aquí la causa por qué se desmoraliza nuestra especie dándose al pillage y al robo, y por qué algunos de nosotros, atacados de una enfermedad mortífera, sirven de su boca creada para el libre uso de la palabra, para propagar el virus que envuelve su ponzoñosa baba.

— El remedio, el remedio, gritó la multitud impaciente.

— Difícil es hallarle, cuando el tiempo urge y los males crecen. Con todo, convencido que la fuente de nuestros males está en el exceso de poblacion, propongo se disminuya.

— ¿Cómo, cómo? gritó la asamblea estremecida.

— «Un perro que nace en un mundo lleno ya, si su familia no puede sustentarle no tiene *el menor derecho* para reclamar una parte cualquiera de alimento y se encuentra de mas sobre la tierra. *En el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto para él* (1).» Convencido que la verdadera miseria existe entre los perros pobres, y que estos infelices son los que ven morir de hambre á sus esposas y á sus hijos, propongo sean encerrados en la plaza de los toros y se les condene al celibato (2).

(1) Malthus.

(2) Marcus.

—Fuera, fuera.—Que calle.—Que se organice el trabajo.—Afuera el *Navarro*, gritó la asamblea.

El orador miró con ceño á la amotinada multitud; distinguíase en medio de ésta al *Peludo* por sus atroces ladridos; el *Navarro* arrójase de la mesa, y dando muestras de su valor cívico, pónese frente á frente de su rival; enmudece la asamblea al ver á Héctor junto á Aquiles; ambos héroes se rodean algunos segundos, haciendo un movimiento de rotacion sobre sí mismos, los ojos chispeantes, las colas tiesas, la nariz contraída, los colmillos á toda vela; de repente párase el *Navarro*, el *Peludo* le rodea con un gruñido sordo como el lejano redoble de un tambor, escarba, le provoca, le acorrala, hasta que el prudente contrario meneando la cola pide parlamento, y como olvidado del objeto que se llevó al bajar de la tribuna, márchase á oler una grasienta mesa.

El *Peludo* le mira, lámesse el hocico, salta á la mesa en medio de un aplauso general: impone silencio, y dice:

«En vuestro regocijo veo, compañeros, que haceis justicia á mi mérito, reprobando los discursos de los que me han precedido en este sitio. No son gemidos los que han de salir de nuestras bocas, sino quejas: no plegarias, sino arrogantes protestas: no somos llamados á rogar, sino á resolver; por eso ocupo yo esta mesa, á pesar de envidiosos que me la han disputado. ¿Y quién mas digno que yo? Preséntese entre la apiñada multitud quien á la verde juventud de sus años reuna la sensatéz de la experiencia. El *Cauce del río* fue mi cuna, la *Pechina* mi escuela, el *Matadero* mi porvenir. Mi estirpe se pierde en la diversidad de castas que me han formado; mi nombre son mis hechos; en mi familia jamás se ha impreso en cuello ni en morro la vergonzosa marca del collar y el bozo: yo he muerto treinta gatos, yo quité de bajo la cuchilla de un cortante seis costillas de carnero, yo he roído los talones á cuantos caballos en la ciudad me insultaron con su carrera, yo, últimamente, en un momento de indignacion mordí las pantorrillas á un barrendero del Mercado.»

Al escuchar tales hazañas la multitud, aplaudia frenética.

Continuó el orador:

«¿Quién no ha admirado mi astucia? No ha habido conjuracion contra las gallinas del Trench que no haya yo dirigido: en mi cabeza conservo copiosas noticias sobre la vida y milagros de los principales perros y perras de la ciudad; yo, en fin, formé parte de aquel famoso triunvirato que años pasados intentó comerse el *Dragon del Patriarca*.

La turba estaba atónita, no sé si de lo inaudito de esta hazaña, ó de la atrevida parodia del *Peludo*. Éste continuó:

«Grandes son nuestros males, grandes serán nuestros remedios. Al bajar de este sitio el orador que me precedió, he oído una voz que pedia la organizacion del trabajo; yo procedería inmediatamente al arreglo de éste, como cosa fácil, si no ocurriera la pequeña dificultad de que nosotros, los perros, no trabajamos. No es la pérdida del equilibrio entre las bocas hambrientas y las raciones disponibles la causa de nuestro malestar; en una sociedad como la nuestra, donde es un principio inconcuso, que la propiedad es un robo (1), no se debe temer por la falta de aquellas. Nuestro malestar no dimana tampoco de la virtud prolífica llevada á un extremo, no; la lengua que ha propuesto el esta-

(1) M. Prudhon.

blecimiento del celibato es indigna de saborearse en las patas de un pavo. ¡A nosotros, míseros perros, privarnos del placer de nuestras esposas! ¡a nosotros, cuya piel jamás halagó una linda mano condenarnos al celibato! No, mil veces no; en los matrimonios de nuestra especie, el mundo es el tálamo, las antorchas nupciales el sol y la luna. Nuestro mal proviene de la desigualdad de fortunas.”

— Ahí está el *quid*, exclamó el perro, que fue, de un esclaustrado.

«¿Qué razon existe para que relegados nosotros en la miseria, viva esa multitud de razas degeneradas, los dogos, ingleses, chinos, daneses, los kings-charles, en medio de la opulencia? ¿Qué méritos alega el perezoso *César* para gozar de los cuidados de su amo y de las caricias de su linda señora? ¿por qué ha de insultar nuestra pobreza el peludo *Céfiro*, asomando su amenizada cabeza por las ventanillas de una tartana? ¿por qué ha de tomar *Cefisa* los baños en el Cabañal, saliendo envuelta en una sábana, y en brazos de una criada? ¿por qué ha de comer bizcochos *Diana*? ¿por qué han de dormir sobre alfombras y tomar chocolate esa multitud de perros extranjeros, que forman ¡oh mengua! la aristocracia de nuestra especie? ¿Merecen ese puesto por su hermosura? ¡afeminados! ¿lo merecen por su talento? ¡estúpidos! Salgan de sus lujosas moradas donde cambian bajeza por comida, y en medio de las calles y plazas busquen como nosotros el necesario alimento: escóndaseles una rastra de morcillas á ver si la encuentran; cuélguenseles unos riñones á ver si los alcanzan; suélteseles un gato á ver si le devoran. Propongo, pues, que se estermine esa clase privilegiada, para que subamos nosotros á ocupar su puesto; en vano llamarán en su auxilio la razon, no; ¡guerra á muerte entre el que posee y el que no posee (1)!”

La razon es la fuerza del *colmillo*.

«Seguid mi egemplo: no hace un momento atravesaba yo la calle de Caballeros en direccion á este sitio: arrimada á una puerta encontré una de esas afeminadas criaturas; me acerqué, la oí, y tembló. — ¿Cómo te llamas? — Linda. — ¿De dónde vienes? — Del Casino. — ¿Qué haces ahí? — Aguardo que me abran en mi casa. — Pues toma: y cogiéndola del cuello exhaló un gemido, y la he devorado.”

— Bien, bravo, esto marcha, gritó la multitud. — Es preciso degollarlos. — Comérnoslos. — Arrojarlos de la ciudad. — Tenemos hambre. — Sí, hambre.

Escuchóse de repente un ruido por la parte de las Platerías, calló la turba, y distinguióse un perro que avanzaba con paso mesurado, y como satisfecho de sí mismo; rodeóle la multitud, atravesó por medio de ella, y habiendo arrimado por un momento una de sus patas á la pared, llegó hasta el centro de la asamblea.

— ¿Quién eres? preguntóle el presidente-orador.

— Soy *Selim*, perro de un regidor del ayuntamiento.

— A él, gritó la multitud precipitándose sobre el recién venido.

— ¡Deteneos! exclamó el presidente. ¿Qué quieres? ¿á qué vienes á este sitio?

— Vengo á noticiaros que vuestros males han cesado, que mis votos se han cumplido, que empieza una *nueva era* para nosotros, que de hoy en adelante tendreis pan en abundancia.

— ¿Cómo? ¿cómo? gritó la turba llena de admiracion.

(1) E. Sue.

—La autoridad municipal, continuó el recién venido, convencida de vuestros males, se encarga de alimentaros en adelante; ya llegan á la casa de la ciudad multitud de acémilas que encorvan el lomo bajo el peso de los costales de trigo; ya se escucha el acompasado son del cedazo en que se purifica la cándida harina; ya en cóncavas artesas se está elaborando el providencial alimento que se os va á distribuir; ya se han tomado á sueldo multitud de hombres que han de llevar hasta vuestras mandíbulas tan sabrosa comida; ya, por fin, se resolvió la forma que se ha de dar á ésta, para que con mas facilidad se introduzca por el gznate.

—¿Qué forma? ¿qué forma?

—La de bolas. Mañana tendreis ya pan en abundancia.

—¿Barato?

—De valde.

—¡Viva el alcalde! gritó la inmensa multitud.

Imposible es pintar de todo punto el *pandemonium* en que se trasformó la asamblea al escuchar tan estupenda noticia; unos ladraban furiosos, otros se revolcaban sobre el enlosado, quiénes se relamian el hocico, quiénes daban terribles carreras de júbilo y alegría; hubiérase dicho que los *sueños nacarados* de aquella multitud eran una arroba de pan por colmillo. A esta expansion de alegría siguiéronse las muestras de agradecimiento. Uno proponia se diera un voto de gracias á la municipalidad, otro hacer una procesion canina que atravesara por la casa del ayuntamiento, quién hacer una demostracion perruna en la plaza de la Virgen, quién que se celebrara un banquete.

Parte de la multitud rodeó al *Peludo* cuando bajó de la mesa, como para felicitarle, otra hizo lo mismo con el perro del regidor, pidiéndole pormenores sobre la calidad del pan: se ladraba, se corria, se bostezaba, y armábase tal baraunda de subir y bajar por las mesas, que un cortante que despertó al ruido, le pareció poner término á tan estraordinaria escena; levantóse de la cama, salió á una ventana próxima al tejado, y arrojó una teja, que zumbando por el aire vino á estrellarse en el suelo, rompiendo de paso la pierna á una infeliz perrita; el animal alzó el chillido, encogió la pierna, metió la cabeza entre las manos, y comenzó á correr con los pies restantes por medio de la multitud: ésta, asombrada, se desbandó por el Mercado, Platerías y plaza de Santa Catalina con un infernal estruendo; los serenos previnieron los chuzos, ahogada la *hora* en su garganta, la policía alargó las narices, y todo quedó en silencio al corto rato.

Al dia siguiente de esta estraordinaria escena precipitábanse los perros detrás de personajes misteriosos y de corazon empedernido, que dejaban caer pequeñas bolas de pan al aproximárseles; el júbilo y alegría no tuvo limites al ver realizadas tantas esperanzas: mas de repente un terror pánico se difundió por la ciudad; perros de gallarda presencia y corazon brioso habian muerto en medio de los mayores tormentos; perritas tiernas y amorosas habian perecido en la flor de su juventud: calcúlase, se habla, se aventura sobre tan estraño acontecimiento. ¡Dios mio! la municipalidad se habia erigido en providencia de los perros, y cual ésta diezma el número de los hombres con el azote del cólera, aquella vertia la copa de su indignacion en la raza canina, sirviéndose de la *estrignina* y *matacan*. ¡El pan estaba envenenado! ¡Horror! ¡horror!

Tramoya.

REVISTA SEMANAL.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

A las nueve de la mañana del 24 el general Cavaignac hizo cesar el fuego en todos los puntos, anunciando que daba una hora á los insurgentes para rendirse; pero éstos no quisieron aprovecharse de la oferta y volvió á empezar el combate con mayor encarnizamiento. Por todas partes circulaban infinitas camillas y parihuelas conduciendo los heridos y muertos que sucumbían á cada paso al furor del plomo homicida. París fue puesto en estado de sitio; declarando la asamblea concentrados todos los poderes en el general Cavaignac, quedando por lo tanto relevada de los que ejercía la comision ejecutiva en el curso de la sesion de aquel dia.

Luego que se publicó el estado de sitio se colocaron cuerpos de la guardia nacional en la mayor parte de las calles, no permitiéndose pasar á nadie que no justificara su legitima ocupacion. El punto principal del combate era entonces el Clos Saint-Lazare, y el fuego de artillería y fusilería se prolongó toda la mañana. En las inmediaciones del Hotel de Ville corrió la sangre á torrentes, y los oficiales heridos eran transportados á las Tullerías. A eso de mediodia iban ya hechos mas de quinientos disparos de cañon, y poco despues fue bombardeada la iglesia de San Severino, donde habia hasta dos mil sublevados. En la *Cité* ocurrió una lamentable catástrofe; la guardia republicana que se acercó á una barricada para fraternizar con el pueblo, fue cogida entre dos fuegos y fusilada, puede decirse, una compañía entera. Los cartuchos que en aquella mañana se habian repartido á la guardia nacional pasaron de quinientos mil. Cada vez se iba estendiendo mas el lugar del combate, y el fuego continuaba sin intermision por una parte y otra. Era aquella una guerra sin tregua, una guerra á muerte, propia mas bien de salvages que de una nacion culta.

A las cinco de la tarde fueron conducidos al cuartel general y fusilados en el acto una porcion de individuos aprehendidos despues de la declaracion del estado de sitio. A la agitacion que habia reinado durante el dia sucedió una calma completa, y los insurgentes rechazados sucesivamente de todas las posiciones, iban concentrando sus fuerzas hácia el arrabal de San Antonio, en cuyo punto continuaba aun el fuego á las nueve de la noche.

El dia 25 se habian ya verificado numerosas prisiones, y las fuerzas destinadas á batir la insurreccion, incluidas las que llegaban de los alrededores de París y de los departamentos, ascendian á cuatrocientos mil hombres. Volvió á renovarse la lucha este dia desde muy temprano, y su teatro lo constituyeron las estremidades de la ciudad, abandonadas por los insurgentes la mayor parte de las posiciones de la víspera. Una gran parte de la isla de San Luis habia quedado por éstos, los cuales se defendian desde las ventanas; pero al cabo, despues de algunas empuñadas cargas, hubo una larga tregua y pudieron las fuerzas sostenedoras ocupar la estremidad de dicha isla. Desde por la mañana atacaron las tropas los atrincheramientos de los cuarteles del Temple, San Antonio y la Bastilla, no siéndoles posible superar los inmensos obstáculos que tenian delante sino enfilando las calles con el cañon y tomando los edificios á la zapa. Como la insurreccion habia tenido dos dias para fortificarse en estos puntos, disponia de grandes recursos y tenia herizadas de barricadas todas las avenidas de las calles. El arrabal entero de San Antonio se hallaba trasformado en una plaza fuerte, y en diferentes barrios de los que dominan el arrabal se veian individuos que despues de haber estudiado el terreno daban órdenes que eran inmediatamente egecutadas por los insurgentes. Despues de infinitos esfuerzos pudieron llegar las tropas por la tarde hasta la plaza de la Bastilla, y

reconquistar asimismo las posiciones de los distritos 8.º y 9.º Una parte de las tropas al mando del general Negrier bajaron hasta el puente de Austerlitz, se apoderaron de él, y continuando en seguida hasta la plaza de la Bastilla, por el boulevard Bourdon, se encontraron entre las barricadas de la calle de San Antonio y del arrabal del mismo nombre. Esta calle no tardó en ser conquistada por las tropas, pero costó la pérdida del valiente general Negrier, que cayó muerto de un balazo, quedando también heridos á su lado los generales Charbonnel y Duvivier.

No son estas las solas desgracias de consideracion, además de las infinitas víctimas que sucumbian peleando, que tenemos que lamentar en la desastrosa jornada de este día. Varios representantes del pueblo, que fueron á cumplir su mision al lado de las fuerzas leales, cayeron también heridos por las balas de los insurgentes. Pero la mas terrible de todas, la catástrofe mas lamentable y que esparció en los campos contendientes el luto y la desolacion, fue la muerte del arzobispo de París. Este virtuoso prelado, este santo pastor quiso él mismo ir á leer á los sublevados la conciliadora proclama del general Cavaignac y dirigirles palabras de conciliacion y tiernas amonestaciones para que depusiesen las armas, hecho lo cual se retiró á su palacio en medio de las mayores muestras de respeto. No satisfecho, sin embargo, con lo que habia hecho, y queriendo aun llevar mas adelante su santo celo, volvió á salir á las siete de la tarde acompañado de sus dos vicarios. Llegado á la plaza de la Bastilla cesó al momento el fuego de una y otra parte, corriendo los insurgentes á prestarle oido; pero durante la conferencia sonó un tiro, y tomando este fatal accidente como señal de renovar el fuego, volvieron ambas partes contendientes á continuar el combate, cayendo en el acto herido mortalmente de un balazo el venerable arzobispo, que fue conducido por los rebeldes al hospicio de los Quince-veint, con muestras de respeto y dolor profundo, permaneciendo allí hasta el día siguiente, que fue trasladado á su palacio, donde espiró al fin, víctima de su ardiente amor hácia sus hijos espirituales.

La insurreccion podía considerarse vencida desde el día anterior; pero quedaba reservado á la mañana del 26 el sofocarla por completo. A consecuencia del paso dado por el moribundo arzobispo, los insurrectos hicieron proposiciones de conciliacion al presidente de la asamblea nacional, cerca del cual fueron conducidos tres delegados del arrabal amotinado, dejando tiempo á los rebeldes para deliberar el medio de rendirse sin condicion alguna. Pero á las diez, á consecuencia de la amenaza que se les hizo, volvió á continuar el fuego. En la plaza de la Bastilla, tomada el día anterior, se construyó durante la noche una batería de cañones para hostilizar al arrabal. Las granadas incendiaron bien pronto las primeras casas; se zapó una mina, cuya perforacion estaba bastante adelantada, para poder, en caso de necesidad, volar algunos edificios. Al mismo tiempo el general Lamoriciere atacaba el barrio Popincourt, destruía las barricadas á cañonazos y bajaba hácia el arrabal para tomarle de flanco.

Reconociendo entonces los sublevados lo inútil de su resistencia y lo desesperado que era el combate, no tardaron en enviar un parlamentario, declarando que estaban prontos á rendirse á discrecion. Las tropas empezaron á invadir el arrabal, y desde aquel momento cesó toda resistencia, porque si bien se hacian algunas tentativas para sostener las barricadas aisladas, todas iban siendo destruidas por las fuerzas del gobierno, que llevaban el imperio de la ley por doquier que tremolaban sus banderas.

No todos los insurgentes del arrabal de San Antonio se entregaron, pues muchos lograron salir al campo adonde les siguieron dos regimientos de caballería á fin de darles alcance. Aun se batian los sublevados en la barrera de Menilmontant, hasta que el general Lamoriciere llegó con artillería, caballería é infantería, y consiguió arrojarlos en seguida de aquella posicion.

La insurreccion empleó formidables medios de defensa: en la calle de San Antonio se construyeron barricadas enormes de treinta en treinta pasos, y

desde los balcones defendidos con muebles y colchones los amotinados elegían impunemente sus víctimas. En todas las obras de fortificación se revelaba la dirección de una mano inteligente, pues había barricada que presentaba el espesor de una fortaleza de la edad media, construida con todas las reglas del arte. Una gran parte de los rebeldes hicieron uso del algodón pólvora, que como no produce humo, su explosión atemorizaba más á las tropas. Otros empleaban balas agujereadas, y á falta de otra cosa las fabricaban de los hierros de los balcones. También recurrieron los insurgentes á un medio bárbaro para su mayor seguridad, y que fue fatal á un gran número de víctimas inocentes. Cuando levantaban una barricada hacían salir á los inquilinos de las casas inmediatas, obligándoles á ponerse en primera fila y combatir por su causa, no pudiéndose evadir de ello, pues que en otro caso desde sus mismas casas, adonde subían algunos sublevados, les hacían fuego.

Por todas partes se veían hospitales provisionales y depósitos de cadáveres, adonde eran conducidos á cada paso los infinitos heridos y muertos que sucumbían en la lucha. En estos asilos del dolor reconocía un padre á su hijo, un hermano á su hermano, y en medio de los mas atroces padecimientos maldecían á los que habían provocado las horribles escenas de que ellos habían sido actores.

Horrorosos fueron ciertamente los actos de atrocidad cometidos por los rebeldes de París. Un hombre vestido de muger degolló á cinco oficiales de la guardia movilizada, cerca del Panteon, y despues de preso é interrogado confesó su crimen con la mayor sangre fria. En la principal barricada del arrabal de San Antonio se veía empalado sobre una pica el cadáver mutilado de un guardia republicano vestido con su uniforme. En el Panteon se encontraron los cadáveres de varios guardias movilizados suspendidos por las muñecas, y atravesados á bayonetazos. En el Clos Saint-Lazare á un oficial de infantería, hecho prisionero por los insurgentes, le habían cortado las manos, dejándole así morir lentamente. En otra parte cortaron las piernas á un dragon y volvieron á colocarle moribundo sobre su caballo. Una muger arrestada despues de la insurreccion confesaba con pasmosa franqueza que había cortado la cabeza á tres guardias movilizados. Sobre muchas barricadas se veían espuestas en palos cabezas cortadas, y una de ellas, en cuya boca habían puesto una mecha encendida, la colocaron sobre una pica, sirviendo de fanal á los miserables que cometieran semejante atrocidad, y que gritaban al rededor de tan horrendo trofeo: «¡Lamparillas, lamparillas!» Aguardiente envenenado se vendía á los nacionales y soldados de la línea, y los insurgentes, además de las balas machacadas, empleaban balas fundidas con fragmentos de cobre, y fusiles de viento; en las barricadas de la barrera Rochechouart se cogió una bomba cargada de aceite de vitriolo, el cual arrojaban los rebeldes al rostro de los defensores del orden. También se encontraron allí gran porcion de frascos de esencia de trementina destinada á incendiar los edificios.

JULIO. El nombramiento del archiduque Juan para vicario del imperio continuaba siendo el suceso que ocupaba la atencion de todos los ánimos y de todos los gobiernos, algunos de los cuales no aceptaban completamente este nombramiento. El rey de *Hannover*, por egemplo, declaró á sus estados, por conducto de su ministerio, que aun cuando consentía en el establecimiento de un gobierno central y en la eleccion del príncipe austriaco como gefe de este gobierno, se oponía á un arreglo que debía colocar á los príncipes soberanos de Alemania bajo la dependencia inmediata del poder central, en cuanto á los negocios interiores de cada estado.

La corte de *Austria* trataba de explotar el nombramiento del archiduque Juan con el objeto de hacer revivir en su dinastía la dignidad imperial de Alemania, y unirla á la corona de Austria. Pero esta reunion no convenía á los intereses de la Alemania liberal ni á los de los gobiernos de diferentes estados alemanes, principalmente el de Prusia. Un príncipe austriaco que, en su calidad de representante del emperador, prefiriese antes que todo los intereses del

Austria, seria un mal gefe de la confederacion, y la asamblea de Francfort debia exigir del archiduque Juan que optase entre las dos dignidades que le habian sido conferidas.

El consejo de ministros en Viena decidió reforzar con sesenta mil hombres el ejército de Italia. Enardecido el feld-mariscal Radetzki por varios recientes sucesos, no trataba nada menos que de ir á Turin para ajustar la paz.

El dia 13 hubo colision en *Berlin* entre la guardia ciudadana y los soldados del regimiento núm. 24 de línea, no restableciéndose la tranquilidad sino hasta despues de media noche.

Despues de mil noticias contradictorias, las negociaciones de paz entabladas entre *Alemania* y *Dinamarca* fueron desechadas, volviendo á comenzar por lo tanto las hostilidades.

La *dieta húngara* se instaló por primera vez en el centro del reino, en Pesth, teniendo á su frente un ministerio responsable y encargado exclusivamente de los negocios de los paises húngaros, compuestos á la sazón del reino de Hungría propiamente dicho, de los reinos de la Cracovia y la Slavonia, con los confines militares compuestos de los regimientos húngaros, croatas, servios y valacos colonizados sobre las fronteras de Turquía, y del gran ducado de Transilvania, cuya union con el reino acababa de proclamarse.

La cohesion entre estas diferentes partes constitutivas no era aun bastante sólida. Una escision sobradamente pronunciada reinaba hacia muchos años entre los croatas, slavos y servios, que colectivamente tomaban el nombre de ilirios por una parte, y por otra los magyares de Hungría. Esta escision, que degeneró en lucha abierta desde que fue nombrado el general Jellachich gobernador de la Croacia, se complicó entonces con el movimiento de los válacos ó roumanos que formaban la mayoría de la poblacion de Transilvania. Dominados hasta entonces los últimos por los magyares se hallaban ya dispuestos á unirse con sus hermanos los habitantes de los principados danubianos de la Valaquia y de la Moldavia, así como tambien con los de las provincias austriacas y rusas de la Buckovina y de la Besarabia, que enarbolaron últimamente el estandarte de la insurreccion contra el protectorado ruso.

En medio de estas dificultades que iban agravándose por todas partes, estaban llamadas las dos dietas austriaca y húngara, á dar nuevas constituciones á los paises que cada una representaba. Los trabajos de estas asambleas debian ser de grande interés para el porvenir de aquellos paises, y en general para la política de Europa, sobre todo en la cuestion de Oriente.

La insurreccion de los slavos y valacos no se habia sofocado todavía, y aun cuando los húngaros habian tomado la ciudad de Varasd, fueron, sin embargo, derrotados en San Michale, aldea habitada por valacos. Los insurgentes hicieron prisionero, quitándole despues la vida, al capitán conde de Orsai; contaban ya con tres piezas de artillería. Los húngaros tenia cincuenta y dos mil combatientes divididos en tres cuerpos, y pensaban organizar aun cuarenta mil voluntarios.

Las diferencias entre *Hungría* y *Croacia* iban tomando un carácter cada vez mas amenazador. El archiduque Juan se encargó del papel de mediador, é inmediatamente, despues de su llegada á Viena, envió á Pesth el ban Jellachich; pero éste, sin hacer caso de la intimacion que se le hizo, abrió en Agram la dieta de Croacia. El ministerio húngaro exigia que se disolviese esta dieta antilegal antes de empezar las negociaciones.

En los últimos dias de Junio estuvo á punto de ser víctima de una conspiracion el príncipe reinante de *Valaquia*, Jorge Bibesko. Al volver éste del paseo en carruaje descubierto, y acompañado del ministro del interior, le dispararon tres tiros otros tantos individuos que le esperaban emboscados, atravesándole dos balas el uniforme y una de las charreteras, aunque sin causarle otra lesion. A consecuencia de este atentado se hicieron aquella misma noche mas de cien prisiones.

Al dia siguiente el príncipe fue á los cuarteles, y preguntando á los oficiales

y soldados si querian seguir las banderas y ser fieles á su juramento, todos respondieron que sí, con la condicion de que el príncipe jurase la nueva constitucion. Súpose al mismo tiempo que no tardarian en llegar quince mil paisanos, y que se habia establecido un gobierno provisional en Kazewa. El general ruso Duhamel salió por la tarde, y el pueblo se reunió en Furstenhof pidiendo la constitucion. En seguida algunos boyardos, entre ellos Nikowin y Goleski, fueron á ver al príncipe, quien habiéndole manifestado los deseos del pueblo, firmó todos los artículos de la constitucion. Enarbolaron entonces la bandera nacional con la inscripcion: *Libertad, igualdad, fraternidad*, y algunos millares de jóvenes formaron una guardia nacional; visto lo cual por el príncipe, convocó al nuevo ministerio y al metropolitano é hizo abdicacion por escrito, huyendo en seguida á refugiarse en Cronstadt. El nuevo gobierno, cuyo presidente era el metropolitano, tomó el título de *Gobierno moldavo*; el grito de libertad resonaba por todas partes, brillaba la media luna en Valaquia, y todos gritaban: «mueran los rusos; viva el sultan nuestro emperador; los que sean enemigos de la Alemania, son enemigos nuestros; viva la Alemania.» Inmediatamente se espidieron correos á la Puerta pidiendo socorros de tropas turcas, al mismo tiempo que el general Duhamel y el cónsul ruso andaban fugitivos para librarse del furor popular.

La entrada de los rusos en las provincias danubianas era ya un hecho positivo, pues las cartas de Cronstadt anunciaban con seguridad que una division rusa de tropas ligeras, no solo acababa de pasar el Pruth sostenida por numerosa artillería, sino que continuaba avanzando; lo cual inspiraba ya tal recelo á los nobles boyardos que hicieron la revolucion en Valaquia, que abandonaban sus palacios y emigraban á Cronstadt.

Tambien el nuevo ministerio valaco en Bucharest recibió la noticia de que habian entrado en Moldavia y pasado el Pruth diez mil rusos y que marchaban en cuatro columnas sobre Jassy.

La sangre volvió á manchar las calles de *Bucharest* el día 1.º de Julio: Odobesca, ex-gefe de la milicia nacional, y Salomon, coronel del tercer regimiento de infantería, á la cabeza de cuatrocientos soldados borrachos, atacaron el edificio donde se hallaban reunidos los miembros del gobierno. Su objeto era aprisionarlos, pero el pueblo corrió á su defensa y logró dispersar á los soldados, cogiendo prisionero en el acto á Odobesca, y posteriormente, cerca de una de las puertas de la ciudad, á Salomon, que indudablemente hubiera sido asesinado, á no haberlo protegido algunos jóvenes. Odobesca ha declarado que habia obrado por consejo de la Rusia. Se dice que antes de la salida del general Duhamel juramentó á ambos de que procederian con arreglo á las instrucciones que habian recibido.

La guerra de *Italia* no presentaba el mejor aspecto: el mariscal Radetzki, reforzadas sus huestes, iba adelantando, aunque lentamente, en la conquista del reino Lomdardo-Veneto y las tropas piamontesas ó debilitadas con el cansancio y la fatiga, ó desmoralizadas, lo que es mas justo creer, con las divisiones de los partidos políticos que ambicionaban y se dividian el mando, olvidando entre tanto el enviar recursos al campo de batalla y reforzar sus legiones, iban amenguando su resistencia. El cuartel general de Carlos Alberto continuaba siempre en Roberbella, y se activaban extraordinariamente los preparativos de ataque contra Verona, esperando todos los dias la gran batalla tantas veces prometida y otras tantas aplazada. El 14 entraron cinco mil austriacos en Ferrara ocupando todos los puestos principales de la ciudad y exigiendo una contribucion de guerra, lo que dió lugar á una protesta del papa, y á que la cámara de los diputados de Roma votase por unanimidad un proyecto de liga entre todos los estados de Italia contra el Austria.

La *Sicilia*, libre é independiente de Nápoles, eligió por su rey á Fernando-Maria-Alberto-Amadeo-Filiberto-Vicente, duque de Génova, hijo segundo de Carlos Alberto, lo que equivalia quizás á la union de Sicilia con el Piamonte, asegurándola cierta preponderancia en el Mediterráneo; empero este prin-

cipe no quiso aceptar el trono que se le ofrecia, sin duda por no enagenarse la voluntad de la Inglaterra, que minoraría su prestigio en estos mares, y podría tornarse en enemiga en la guerra de liga italiana.

TEATRO. Quisiéramos dar comienzo á esta parte importante de nuestra revista con el análisis imparcial y concienzudo de alguna obra de gran mérito literario; pero por circunstancias, que no está á nuestro alcance escudriñar, ni ha ofrecido el teatro de Valencia una nueva composicion, ni la compañía dramática nos ha dado todavía ocasion para sujetar sus trabajos á nuestro juicio, siquiera sea éste dictado por el mayor celo por el arte. Los mismos son los individuos que la formaban durante la última temporada; el mismo el mérito artístico de sus partes principales; y á pesar de su recomendacion, indisputable en algunos de ellos, el teatro está casi desierto, sin que hallemos un fundado motivo para que el público no anime con su presencia nuestro coliseo. Tal vez las próximas brisas del invierno y la eternidad de sus noches volverán á reunir en el teatro á los numerosos aficionados de la capital, y esto mismo alentará á los actores para duplicar sus esfuerzos en obsequio al público.

Por ahora solo se ha ofrecido, entre buenas comedias analizadas y conocidas ya, la novedad de la zarzuela titulada *La Venganza de Alifonso*, parodia de la ópera *Lucrecia Borgia*, cuyo éxito no fue tan brillante, como era de creer por algunos. Agradó su egecucion, y el señor del Rio sacó todo el partido que se podía sacar, auxiliado por el señor Aliena y la señora Orgáz, que llenaron cumplidamente su papel.

La zarzuela, en fin, si no fue un objeto de sorpresa, sirvió cuando menos para que el público riera á placer; y éste es el mejor elogio que pudiéramos hacer de los actores que la desempeñaron.

El Dómine consejero es un papel que se presta tanto al actor, que conocido bien, produce un brillante efecto, como lo pudo experimentar el señor del Rio que, sin grande esfuerzo y sin apelar á sus propios recursos, mereció general y justa aceptacion.

Lánguida fue en el primer acto la egecucion del *Sancho García*; algo mas animada en el segundo; pero inspirados, sin duda, los actores por la vehemente entonacion del tercero, desarrollaron todas sus estensas facultades los señores Guerra y Perez y la señora Valero, escitando con sus bien sostenidos diálogos las grandes pasiones que el autor ha querido poner en movimiento. Algunos defectos escénicos vamos observando; y á esto y á la censura imparcial de cuantas funciones notables se ofrezcan consagraremos nuestras observaciones, sin dar á la alabanza un aire somero de adulacion, ni á nuestra pobre critica una pedantesca arbitrariedad. Llamaremos, pues, la atencion de nuestros lectores hácia el teatro, porque le creemos muy digno de ocupar la consideracion de nuestro periódico.

Ha llegado ya á esta capital la señora Carlota Cattinari, prima donna absoluta, que viene á formar parte de la compañía lírica, que empezará muy pronto sus trabajos. Se hallan tambien en Valencia el señor Segarra en clase de primer bajo profundo, y el señor Gironella en la de barítono absoluto. Iremos anunciando á nuestros lectores las novedades que respecto de la formacion de esta compañía vayamos adquiriendo; y confiamos demasiado en la ilustracion de nuestros paisanos, para dudar de su cooperacion en el sostenimiento de este teatro, que tan alto concepto se merece en el mundo civilizado.

Los socios amigos del pais han dispuesto celebrar la esposicion pública de frutos en los dias 23, 24 y 25 del corriente; y la comision de agricultura está ocupada en invitar á los propietarios, horticultores y jardineros para que presenten las colecciones de los hermosos frutos que produce el pais, por sus conocimientos, esmero y gusto con que se dedican á explotar este suelo férax.

Luis Miquel y Roca.